

## Luis Rueda Concha o la ética

(Discurso pronunciado en el Cementerio por el estudiante de la Facultad Nacional de Derecho, Gonzalo Clopatofsky Ospina)

Los compañeros estudiantes de derecho de la Facultad Nacional, ante quienes el profesor Luis Rueda Concha dictó su última clase, me han dado el alto y doloroso cometido de despedir en nombre suyo al maestro. Y al encargarme de traer a este sitio su voz de admiración conmovida, he aceptado mucho más que el frío deber de escribir un discurso académico en representación de un grupo reducido y oscuro. Porque el elogio de vidas como la de este ciudadano, impregnadas de un hálito trascendente que rebasa los contornos del tiempo y el espacio a que estuvieron circunscritas, no es labor que sólo competa a unos pocos ni para ser moldeada dentro de las muertas formas inexpressivas de una adocenada cortesía. No vivió y enseñó el varón que hoy concluye su fatiga, para un solo momento o una sola generación de su patria. Su existencia, apostólica en el grado más alto, y nutrida hondamente en principios que la mudanza de las cosas no puede extinguir ni deslustrar apenas, iguala en perennidad y extensión al basamento sobre que fue edificada, y la referencia que a ella se intente debe tener, por lo mismo, toda la comprensiva sonoridad de la gratitud colectiva sincera y perdurable. A Luis Rueda Concha no ha de lamentarlo el solo círculo de sus alumnos y sus íntimos, sino la totalidad de sus conciudadanos, los jóvenes especialmente, tanto los que ahora somos como los que sean mañana, para todos los cuales son altísimo ejemplo de reciedumbre moral la ruta de su vida y el sentido de su obra.

Porque ante todo fue un exponente magnífico, intransigen-

te y obstinado, de la honradez y del carácter. Católico por convicción, como acaso no lo hubo sino en la misma esfera íntima del sacerdocio, sujetó su vivir a la práctica estricta y rigurosa de la moral evangélica, y enderezó sus potencias y su actividad hacia la prédica constante de la verdad cristiana, que realizaba con su magistral pericia de teólogo eminente y de filósofo de pura ortodoxia y profundidad y erudición no comunes. En la política fue siempre un orientador doctrinal de autoridad indiscutida, implacable en la guarda de los principios básicos de su partido, que él entendió a la manera del ilustre repúblico que fuera su guión y maestro. Jamás concibió el ajeteo político como carrera, y aparte de su intensa pero fugaz actuación parlamentaria, en que defendió con acaloramiento la integridad del patrimonio colombiano, sólo descendía al terreno de la controversia cuando el extravío de los propios o el ímpetu de los extraños hacía indispensable la rehabilitación de un postulado inmanente. Como abogado —un penalista por inclinación de su sensibilidad entrañablemente humana— ganó con su ciencia y su palabra el primer sitio entre los de su escuela, y desde su ubicación espiritualista se esforzó tenazmente en llevar un criterio superior de moral a los sistemas de nuestra justicia, en cuya elaboración tuvo parte decisiva. Pero fue, sin embargo, en la cátedra, ante los estudiantes a quienes, con la vehemencia de su retórica impresionantemente objetiva y sincera, les recordaba el peso y el valor de sus responsabilidades futuras, donde mejor y más fecundamente se ejercitó su apostolado por la integridad de la profesión, de la conducta pública y privada, de la mente y de los hábitos, en una palabra, de la vida que él practicaba y pedía como una fiel imitación de Cristo.

Luis Rueda Concha o la Etica, es la expresión más cabal de esta vida que se acaba. La ética de la vida es la lección que nos deja y que debemos recoger como tributo, el más digno, a su memoria.

